

# LAS 2 BATALLAS DEL MISIONERO

Se enfrentó a los poderosos al denunciar la esclavitud en los bateyes de azúcar de la República Dominicana y eso le costó tener que huir del país. Desde Etiopía, Christopher Hartley continúa su lucha por los débiles. Un libro retrata su odisea



El padre Christopher en Etiopía, adonde llegó hace siete años. Su vida en la República dominicana corría peligro. / XXX

**JOANA SOCÍAS**  
 Inacabable verano de 2011. La muerte deja su macabro reguero en el desierto del cuerno de África. Miles de mujeres y niños huyen despavoridos al oír el rugido del hambre que se impone de nuevo en una de las zonas más olvidadas del planeta. En medio de la muchedumbre, entre matorrales de espinos y tormentas de arena, entre filas infinitas de seres humanos desesperados y despojados de su alma a punta de pistola, un sacerdote mantiene su particular cruzada contra la plaga de injusticias. Gracias a un capricho de la vida, consigue conectar su portátil. Fija la mirada en la pantalla, sus pupilas se dilatan; presiona la tecla de enviar y lanza al mundo una denuncia que puede cambiar el comercio mundial del azúcar.

En el desierto de Etiopía, el padre Christopher Hartley Sartorius contempla la escena de seres deshumanizados por culpa de la sequía, el hambre y el conflicto que hace más de 20 años no da tregua en Somalia. Su cuerpo, presente en el árido desierto, acompaña a los miles de seres humanos desalmados en su travesía hacia la esperanza.

El sacerdote, firme como una roca, inmóvil, planta cara a la dureza

del desierto. Con la mirada perdida frente al desasosiego, mientras encara las olas de arena en su rostro, cierra los ojos y se acuerda de los hijos de los esclavos africanos que dejó en la República Dominicana. Hombres, mujeres, niños, todos sometidos a la avaricia más cruel del hombre; víctimas de un Estado que les ignora, cómplice de un lucrativo

## TRABAJO FORZOSO INFANTIL, SALARIOS Y CONDICIONES HIGIÉNICAS INEXISTENTES...

### EEUU ADMITIÓ A TRAMITE SU DEMANDA

## FANJUL, VICINI Y CAMPOLLO SON LOS TRES APELLIDOS QUE CONTROLAN ESTE LUCRATIVO NEGOCIO DEL AZÚCAR

negocio que se nutre de la ignorancia de las familias occidentales, únicamente preocupadas en catar el dulzor del azúcar; familias inertes ante la amargura de la caña de azúcar, sembrada con las lágrimas y el sudor de miles de seres olvidados.

El sacerdote siente como la violenta brisa del desierto golpea su rostro, el polvo de la arena se mete en sus ojos, sus cejas aparecen nevadas, sus labios cuarteados, sus manos secas. Siente que hace presencia de la Iglesia, su Iglesia, su familia, en un lugar olvidado por todo y por todos. Llegó a este rincón de Etiopía hace siete años, con el corazón en lágrima viva

después de haber abandonado a las personas por las que estaba preparado para entregar su vida.

El padre Christopher llegó a Etiopía exiliado. Su vida corría peligro en la República Dominicana, donde descubrió a su verdadero amor: los

pobres, los que no tienen nada; los que mueren sin dejar huella, sin que nadie de este triste mundo se dé cuenta. El sacerdote se fue forzado, le obligaron a marcharse; no se despidió de nadie; pero hizo una promesa a Dios antes de recorrer por última vez por los cañaverales. Su vergonzosa salida se convertiría con el tiempo en el mero empuje que necesitaba para trasladar su batalla a las altas esferas del poder económico. Pelea que narra mi libro *En el púlpito de la miseria*. El padre Christopher tenía que darle a su enemigo donde más le dolería, en el corazón de sus intereses, en sus repletos bolsillos de su sucio dinero.

### EXPUESTOS ANTE EL PELIGRO

Desde su salida de la República Dominicana en octubre de 2006, el padre Christopher no ha dejado de suspirar por los cortadores de caña que dejó expuestos ante el peligro en los cañaverales dominicanos aquella torrida mañana en la que dejó de ser un enemigo de la patria dominicana.

Su golpe más fuerte llegó en febrero de 2012, cuando el Departamento de Trabajo de EEUU aceptó a trámite la denuncia del padre Christopher por supuesto incumplimiento del Tratado de Libre Comercio entre Washington y la República Dominicana en lo que se refiere a los derechos laborales recogidos en el capítulo 16 del acuerdo internacional. Trabajo forzoso e infantil, salarios inexistentes, condiciones higiénicas imaginarias, atención sanitaria ignorada. Condiciones dignas de animales. La industria contemplaba perpleja la osadía de este sacerdote que solo rinde cuentas ante Jesucristo.

Según la herramienta que permite denunciar los tratados internacionales, el poderoso Departamento de Trabajo estadounidense debía dar una respuesta en el plazo de 180 días tras aceptar a trámite la denuncia pública formal. El plazo venció en agosto de 2012 y desde entonces sutiles prórrogas han ido cumpliéndose de forma continuada. Silencios nada vez más prolongados. Excusas cada vez más difíciles de argumentar. Entre tanto, en los cañaverales, un imperio de terror se ha impuesto como un tupido velo.

La abogada Noemí Méndez, el brazo ejecutor del sacerdote en la República Dominicana, contempla perpleja cómo los trabajadores de

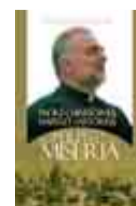
caña de azúcar huyen veloces ante su presencia. Se niegan a hablar, a denunciar, a decir basta a una industria que siente tiene el futuro de miles de familias en sus manos. Sienten que es mejor vivir como un perro que morir de hambre. El miedo ha vuelto a los bateyes dominicanos.

Ahora, en marzo de 2013, un año después de presentar la denuncia pública formal, el padre Christopher siente que el enemigo está ganando la batalla. Sus fieros adversarios han conseguido que el Departamento de Trabajo de EEUU ignore su demanda; que nadie responda a sus correos electrónicos; que nadie coja sus llamadas telefónicas desesperadas. De igual forma tratan a los periodistas, proporcionando información inconclusa. Los funcionarios de Trabajo hace tiempo que no le saben poner fecha al informe que debe suscribir o por el contrario desmentir las denuncias que el sacerdote puso por escrito en su día ante el poderoso Gobierno estadounidense. En una de sus últimas conversaciones con los burócratas de Washington, en diciembre pasado, se lo dijeron sin ambages. «Padre, tenga muy en cuenta que existen intereses creados en el Gobierno [estadounidense] en lo que respecta a la industria azucarera dominicana».

El sacerdote agradeció la inaudita franqueza de los altos cargos estadounidenses, aunque no le decían nada nuevo. Sabe hace tiempo que su enemigo es colosal; un monstruo de varias cabezas y un número infinito de tentáculos. Hace muchos años que descubrió los fuertes lazos de la industria azucarera caribeña con las élites de Washington. Los hermanos Alfonso y Pepe Fanjul, de nacionalidad española y estadounidense y origen cubano, son los mayores productores de azúcar en la República Dominicana (y uno de los mayores en EEUU) y su fortuna ha ayudado a engrosar las cuentas corrientes de los dos grandes partidos estadounidenses.

Los Fanjul, expulsados de Cuba por Fidel Castro, son amigos íntimos de la Familia Real española, como ha publicado *Crónica* en varias ocasiones. Junto a ellos, la todopoderosa familia Vicini, presente en todos los sectores de la vida de los dominicanos, y la familia Campollo, quienes han importado sus crueles métodos a la República Dominicana desde su natal Guatemala.

La angustiada espera del informe que podría cambiar el sentido del comercio mundial del azúcar ahonda las heridas. Su corazón se partió en dos cuando descubrió la soledad de aquellas gentes en los bateyes dominicanos, ignoradas por siglos. Mientras espera que alguien oiga su grito de ayuda, se acuerda de que ella también estuvo muy sola en su amor a los más olvidados. Todo se lo debe a ella, a la mujer que le abrió el corazón, la madre Teresa de Calcuta.



> «En el púlpito de la miseria», de Joana Socías, ya está a la venta (La Esfera de los Libros)